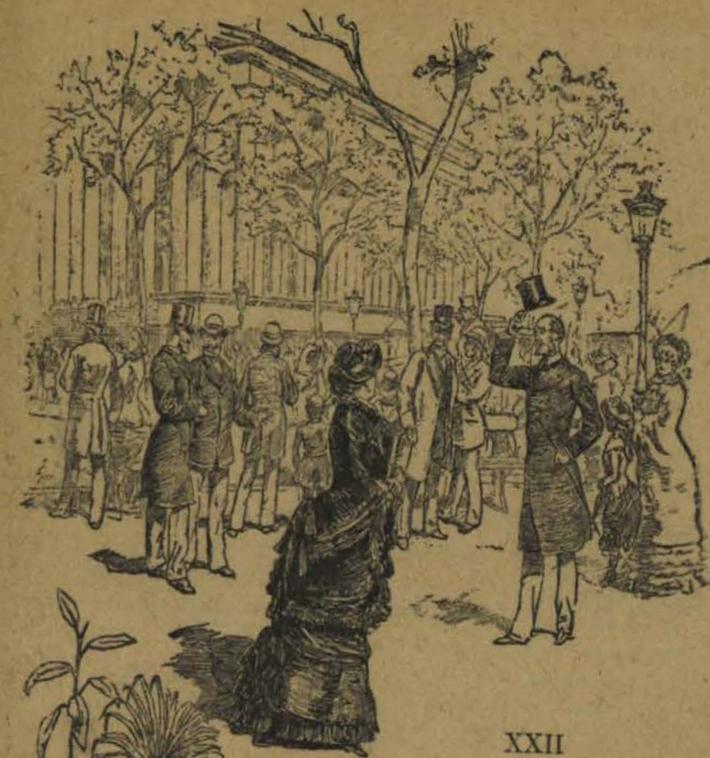


Y lo dijo en voz alta, en tono tan tranquilo y tan sereno que cesaron las risas todas, y la anciana, calmada súbitamente, sostenida por aquel apretón sólido en el cual se apoyaban los últimos temblores de su ira, pudo salir del palacio por entre dos filas respetuosas. Pareja grandiosa y rústica, los millones del hijo iluminando la rusticidad de la madre como esos andrajos de santa que circuye un relicario de oro, desaparecieron en el resplandeciente sol que brillaba afuera, en el esplendor de su deslumbrante carruaje, ironía feroz en parangón con aquella tremenda indigencia, símbolo elocuente de la miseria espantosa de los ricos.

Sentados ambos en el fondo, porque tenían ser vistos, al principio no se dijeron una palabra. Pero no bien hubo emprendido la marcha el carruaje, no bien vió perderse detrás de él el triste calvario en el cual quedaba expuesta su honra, reclinó su cabeza en el hombro materno, ocultóla allí, y dejando que corriese su escaldado llanto, sacudido todo su enorme cuerpo por los sollozos, volvía á encontrar el grito de su niñez, el ay lastimero de cuando era pequeñito:

—Mamá... mamá.



XXII

DRAMAS PARISIENSES

¡Ay! ¡cuán ligeras huyen  
las horas del amor!  
Un sueño, un punto, nada...  
la vida de la flor! ..

A la media luz del gran salón en traje de verano, atestado de flores, cubierto de fundas blancas el damasco de la sillería. encapuchadas las arañas, corridas las cortinas, las ventanas abiertas la señora Jenkins sentada al

piano descifra la última melodía del compositor en boga; algunas frases sonoras que sirven de acompañamiento á unos pocos versos exquisitos, un *lied* melancólico, entrecortado desigualmente, que parece escrito de intento para las tiernas gravedades de su voz y el estado intranquilo de su alma.

Pronto el destino aciago  
trueca el goce en dolor,

suspira la pobre señora, enterneciéndose al s6n de su propio lamento; y mientras las notas se desparraman por el patio de la casa en el cual suena el gotear de la fuente circuida de apretados rododendros, la cantatriz se detiene, sosteniendo el acorde con las manos, clavados los ojos en el papel de música, pero la mirada perdida en un más allá... El doctor está fuera. El cuidado de sus asuntos, de su salud, le han desterrado de París por algunos días, y como acontece siempre que se está solo, las ideas de la hermosa señora Jenkins han tomado ese sesgo grave, esa tendencia analítica que tan fatales hace á veces las separaciones momentáneas aun para los matrimonios más unidos... Unidos, había tiempo que no lo estaban. No se veían más que á las horas de comer, delante de los criados; apenas se hablaban, fuera de cuando él, el hombre de las formas aterciopeladas, se permitía alguna observación brutal, descortés, acerca de su hijo, de la edad que comenzaba á dejar sentir en ella sus estragos, ó de algún traje que no la sentase bien. Siempre serena y dulce, ahogaba ella su llanto. callaba á todo, como si no lo comprendiese; no por amor, que no podía el suyo haber sobrevivido á tantos desdenes y á tantas crueldades, sino porque, como decía el cochero Joé, «la vieja lapa lo que quería era pescarle por marido». Hasta entonces, un obstáculo insuperable, la vida de la mujer legítima, había venido prolongando aquella deshonrosa posición. Hoy que había desaparecido el obstáculo, quería dar fin á la comedia, por Andrés, quien de un momento á otro podría verse obligado á despreciar á su madre, por la gente á la cual venfan engañado diez años hacía y á cuyas tertulias no asistía nunca sin la mayor zozobra por miedo á la

acogida de que sería objeto al siguiente día de un descubrimiento. Á sus insinuaciones, á sus ruegos, Jenkins contestaba al principio en frases, con gestos abiertos: «¿Dudaríaís acaso de mí?... ¿Por ventura no es sagrado el compromiso que nos une?»

Alegaba asimismo la dificultad de mantener secreto un acto de tamaña importancia. Más tarde se había encerrado en un mutismo rencoroso, preñado de cóleras implacables y de violentas resoluciones. La muerte del duque, la derrota de su desmesurada vanidad habían descargado el golpe postrero. Interrumpida de improviso la boga de las perlas Jenkins, definida admirablemente por Bouche-reau en el Boletín de la Academia la situación del médico extranjero y charlatán, sus clientes se miraban consternados, más pálidos aún de terror que de absorciones arsenicales, y ya el irlandés había podido experimentar esos cambios de viento repentinos que tan peligrosos hacen los entusiasmos parisienses.

Por eso sin duda había creído oportuno Jenkins desaparecer por algún tiempo, dejando á la señora que siguiese frecuentando los salones no cerrados todavía, á fin de tomar el pulso y contener la opinión. Ruda tarea para la pobre mujer, la cual notaba por todas partes el papel frío que le hicieran, á raíz de la muerte de Mora, en casa de Hemerlingue. Pero no se quejaba, esperando de esta suerte hacer méritos para el matrimonio, y en último caso, establecer entre ella y él el doloroso vínculo de la compasión. Y como ella sabía que sus amigos la apreciaban principalmente por su talento, por la distracción artística que llevaba á las tertulias íntimas, dispuesta como estaba siempre á preludiar en el piano algún fragmento de su rico repertorio, afanábase en estudiar, pasaba sus tardes hojeando las novedades, dedicándose con preferencia á las armonías tristes y complicadas, á esa música moderna que, no contenta con ser un arte, se hace una ciencia, responde, mejor que al sentimiento, á nuestras nervosidades, á nuestras desazones.

¡Un sueño, un punto, nada...  
la vida de la flor!  
Pronto el destino aciago  
trueca el goce en dolor.

... De improviso penetró en el salón un chorro de luz intensa precediendo á la camarera que traía á su señora una tarjeta de visita: «Heurteux, agente de negocios.»

El fulano estaba aguardando é insistía en ver á la señora.

—¿No le habéis dicho que el doctor está ausente?

Se lo había dicho; pero era á ella á quien quería hablar.

—¿A mí?

Con cierta desazón examinaba aquella tarjeta grosera, arrugada, y aquel apellido desconocido y duro: «Heurteux.» ¿Qué querrá?

—Está bien, que pase.

Heurteux, agente de negocios, que desde la luz clara pasaba á la penumbra del salón, hacía guiños, con andar inseguro, esforzándose en ver. Ella, por lo contrario, percibía distintamente una figura de recio palo, patillas canosas, quijadas salientes, uno de esos merodeadores de la Ley que pululan por las cercanías del Palacio de Justicia y que parecen nacidos á los cincuenta años, la boca amarga, el semblante envidioso, una cartera de cuero debajo del brazo. Sentóse en el filo de la silla que ella le señalaba. Volvió la cabeza para cerciorarse de si la criada había salido, enseguida abrió metódicamente la cartera como para buscar algún documento. En vista de que no decía nada, inició ella la conversación en tono como impaciente:

—Debo advertiros, caballero, que mi marido está fuera y que yo no estoy al tanto de ninguno de sus asuntos.

Sin perder su calma ni sacar la mano de entre sus matrotretos, el interpelado contestó:

—En tanto me consta, señora, que M. Jenkins está fuera, y acentuó muy marcadamente las dos palabras: «M. Jenkins», cuanto que vengo de su parte.

Ella le miró azorada.

—¿De parte suya?...

—Sí, señora... El doctor, no lo ignoráis á buen seguro, se encuentra por de momento en una situación bastante apurada. Malas jugadas de Bolsa, la quiebra de una gran sociedad financiera en la cual interesaba, la obra de Bethleem, tan gravosa para él solo, todos estos descala-

bros reunidos le obligan á adoptar una resolución heroica. Ha decidido vender su palacio, sus tiros, cuanto posee, y me ha dado poderes para ello...

Por fin había dado con lo que buscaba, uno de esos pliegos sellados, acribillados de llamadas, de enmendaturas, en que tantas cobardías y falsedades suele protocolizar la ley impasible. La señora Jenkins iba á decir: «Pero ¿por qué acudir á personas extrañas? ¿Quién como yo podía cumplimentar su voluntad, sus órdenes?...» Cuando de pronto, por el desparpajo del visitante, por su actitud suelta, casi insolente, cayó en la cuenta de que también á ella la alcanzaba aquella liquidación, aquel abandono del costoso palacio, de las riquezas inútiles, y que su partida había de ser la señal de la venta.

Se puso en pié bruscamente. El agente, sin moverse de la silla, prosiguió:

—Lo que me falta comunicaros, señora — ¡oh! harto lo sabía ella, hubiera podido dictárselo letra por letra, — es tan penoso, tan delicado... M. Jenkins estará fuera de París por algún tiempo, y por temor de exponeros á los azares, á las aventuras de la nueva vida que va á emprender, de alejaros de un hijo en quien adoráis y en cuyo interés acaso vale más...

Ella ni le veía, ni le oía, y mientras él iba recitando sus acarameladas frases, ella, entregada á la desesperación, á la locura tal vez, oía cantar en sus adentros la obstinada melodía que la acosaba en tan espantoso desquiciamiento, como en los ojos del hombre que muere ahogado subsiste la postrera imagen entrevista..

Pronto el destino aciago  
trueca el goce en dolor.

De improviso reapareció en ella el sentimiento de su orgullo.

—Acabemos, caballero. Vuestras frases, vuestros circunloquios son para mí un nuevo insulto. La verdad es que se me echa, que se me arroja á la calle como á una criada.

—¡Oh! señora, señora... La situación es harto cruel de suyo, no queramos envenenarla con recriminaciones. En la evolución de su *modus vivendi*, M. Jenkins se separa

de vos, pero lo hace con la muerte en el alma, y las proposiciones que estoy encargado de hacerlos prueban cuáles son sus sentimientos... En primer lugar, por lo que toca á mobiliario y ropas, estoy facultado para dejar que os llevéis...

—Basta, replicó ella.

Llamó precipitadamente:

—Salgo... Pronto, el sombrero, la manteleta, cualquier cosa... Aprisa.

Y mientras iban en busca de lo que pedía:

—Cuanto hay aquí pertenece á M. Jenkins. Que haga de ello lo que mejor le plazca... No quiero cosa alguna... No insistáis es inútil.

El agente no insistió. Cumplido el encargo, lo demás le tenfa sin cuidado.

Sosegadamente, fríamente, la desahuciada se puso el sombrero con todo cuidado, frente al espejo, mientras la criada le sujetaba el velo, le ajustaba á los hombros los pliegues de la manteleta: después miró alrededor, buscó durante un momento por si olvidaba algo importante. No, nada, las cartas de su hijo las traía en el bolsillo; nunca se separaba de ellas.

—¿Quiere la señora que enganchen?

—No.

Y salió.

Serían las cinco. En aquel momento, Bernardo Jansoulet trasponía la verja del Cuerpo legislativo, con su madre del brazo; pero por lastimoso que fuese el drama que se representaba allí, el de aquí lo era todavía más, más repentino, más imprevisto, sin la menor solemnidad, el drama íntimo entre carne y piel, de esos que improvi: a París á cada momento; de ahí proviene tal vez esa vibración del aire que en él se respira, esas sacudidas que sobrexcitan los nervios de todos sus moradores. El tiempo era magnífico. Las vías de aquella barriada suntuosa, anchas y rectas como calzadas, resplandecían á la luz con sus horizontes de piedra, rectos y duros. Hacia ellos descendía el precipitado andar de la señora Jenkins, quien avanzaba á la ventura en un aturdimiento doloroso. ¡Espantosa caída! Rica cinco minutos antes. De pron-

to nada. Sin techado bajo el cual dormir, hasta sin nombre. La calle.

¿Adónde iría? ¿Qué sería de ella?

En el primer momento había pensado en su hijo. Pero confesar su falta, ruborizarse delante de su respetuoso hijo, llorar en su presencia privándose aún del derecho de ser consolada, era superior á sus fuerzas... No, sólo le quedaba la muerte... Morir cuanto antes mejor, librarse de la vergüenza por medio de una desaparición completa, el desenlace fatal de las situaciones inextricables... Pero ¿dónde morir?... ¿cómo?... ¡Había tantas maneras de hacer aquel viaje!... Y mentalmente, andando, iba repasándolas todas. De pronto la señora Jenkins, inquieta por la alteración de su fisonomía, por lo que podrían pensar de ella al verla de aquella suerte ciega y preocupada, adecuaba su marcha al curiosear de un simple paseo, deteniéndose á pasitos delante de los aparadores. Los escaparates pintados, vaporosos, hablaban todos de viajes, del campo; colas tenues para la fina arena de los parques, sombreros arrollados de tul para resguardo del sol de las playas, abanicos, sombrillas, escarcelas. Sus ojos se clavaban sin ver en aquellos cachivaches: pero un reflejo vago y palidecido en los transparentes cristales le mostraba su imagen tendida, inmóvil, en una cama de alquiler, con el sueño de plomo de un narcótico en la cabeza, ó allá abajo, allende las murallas, removiendo el lodo de algún esquife amarrado. ¿Qué era lo mejor?

Vacilaba, buscaba, comparaba: luégo, una vez decidida, marchábase rápidamente con ese resuelto movimiento de la mujer que se sustrae con pesar á las sabias tentaciones de la exhibición. En el momento de romper la marcha, el marqués de Monpavón, apuesto y arrogante, con una flor en el ojal, saludábala de lejos con uno de esos sombrerazos que tanto halagan la vanidad de las mujeres, la última palabra del saludo de calle, el sombrero enarbolado encima de la cabeza cuan erguida se pueda. Ella le devolvía un gentil saludo de parisiense expresado por medio de una imperceptible inclinación del talle y una sonrisa de ojos; y al ver aquel trueque de cortesías exquisitas en medio del regocijo primaveral, nadie

imaginara que era una misma la siniestra idea que guiaba á aquellos dos paseantes cruzados por el azar en el camino que seguían en sentido inverso aunque con igual dirección.

Habíase cumplido para el marqués la predicción del ayuda de cámara de Mora: «Podemos morir, perder el poder, entonces se os pedirán cuentas, y será terrible.» Terrible era con efecto. Á fuerza de fuerzas, había conseguido el exrecaudador general un improrrogable plazo de quince días para saldar sus cuentas con el Tesoro, fiando, como última áncora de salvación, en que Jansoulet, valido, y en posesión otra vez de sus millones, acudiría una vez más en su auxilio. La decisión de la Asamblea acababa de arrebatárle aquella postrera esperanza. En cuanto la supo, volvióse al casino muy tranquilamente, subióse á su cuarto donde Francis le aguardaba con impaciencia para entregarle un importante documento recibido aquel día. Era una citación al ilustre señor Luis-María Agenor de Monpavón para que al día siguiente se presentase en la audiencia del juez de instrucción. ¿Á quién iba dirigida? ¿al censor de la *Caja territorial* ó al ex-recaudador general en descubierto? Fuese de ello lo que fuese, la fórmula brutal de la citación usada desde el primer momento, en vez de una convocatoria discreta, manifestaba bien á las claras la gravedad del asunto y las firmes resoluciones de la justicia.

Para una extremidad como aquella, aguardada y prevista desde mucho antes, el viejo pisaverde tenía ya adoptado su partido. ¡Un Monpavón en la correccional, un Monpavón, bibliotecario en Mazas!... Jamás... Puso en orden sus asuntos, rasgó papeles, vació cuidadosamente sus bolsillos en los cuales deslizó tan sólo algunos ingredientes que tomó de su mesa tocador, todo ello con tanta calma y naturalidad que cuando en el momento de irse dijo á Francis: «Voy al baño... Diabla de Cámara... Cuánto polvo...» el criado le creyó por su palabra. Ello es que el marqués no mentía. Aquel plantón, en la tribuna, le había molido los huesos y unida, su resolución de morir, á las ganas de tomar un buen baño, el viejo sibarita se recreaba con la idea de morir como caramba... no que

no... ps... ps... ps... y otros famosos personajes de la antigüedad. Hay que hacerle justicia; ni uno solo de esos estoicos se encaminó á la muerte con más serenidad que la suya.

Enflorecido encima de su roseta de oficial con una camelia blanca con que le engalanó al paso la gentil ramilleteira del Casino, remontaba en airoso andar el bulevar de los Capuchinos cuando el encuentro con la señora Jenkins vino á turbar por un minuto su serenidad. Había observado en ella un aire juvenil, un fuego en los ojos, cierto no sé qué tan agraciado que se paró á contemplarla. Alta y hermosa, con larga falda de tul negro rozagante, ceñidos los hombros por una manteleta de encaje encima de la cual dejaba caer una guirnalda de otoñal follaje el ramo de su sombrero, iba alejándose en una atmósfera embalsamada: y la idea de que sus ojos no volverían ya á presenciar aquel gentil espectáculo que saboreaba como perito, malhumoró algún tanto al antiguo galán, refrenando el arranque de su marcha. Pero algunos pasos después, devolvióle todo su valor un encuentro de diversa índole.

Atravesaba el bulevar cierto sujeto, con el cabello á rape, corrido de vergüenza, deslumbrado por la claridad del día, era el anciano Marestang, ex-senador, ex-ministro, gravemente comprometido en el asunto de los *Hierros de Malta*, quien, á pesar de su edad, de sus servicios, del gran escándalo de un proceso de aquella naturaleza, había sido condenado á dos años de prisión, borrado de las listas de la Legión de honor entre cuyos altos dignatarios se contaba. Perdida ya la memoria del proceso, el pobre diablo, indulto de parte de la pena, acababa de salir de la cárcel, aturrullado, mal vestido, sin tener siquiera con que dorar su miseria moral porque le habían obligado á soltar la mosca. Plantado en el bordillo de la acera, cabizbajo, aguardaba á que el arroyo lleno de coches le dejase un paso libre, corrido de aquel alto en el centro más concurrido de los bulevares, cogido entre los peatones y aquella oleada de carretelas descubiertas llenas de caras conocidas. Monpavón, al pasar junto á él, sorprendió aquella mirada tímida, inquieta,

que imploraba y al propio tiempo evitaba el saludo. Ante la idea de que podría llegar para él un día de humillación por aquel estilo; cuadrose en són de revuelta cuan alto era. «Arriba... ¿Pasar por esto?...» Y estirando el cuerpo, echado el peto afuera, prosiguió su camino, más firme y resuelto que antes.

El señor de Monpavón caminaba á la muerte. Camina á ella por la larga línea de los bulevares del lado de la Magdalena, encendidos por la luz poniente, y cuyo elástico asfalto huella por última vez. El tiempo le sobra, nada le apremia, es árbitro de la cita. Á cada paso sonríe á algún conocido, hace un pequeño saludo de protección con la punta de los dedos, ó el sombrerozco consabido. Todo le encanta, todo le hechiza: La muerte vecina depura sus sentidos como los de un convaleciente, los hace accesibles á todas las delicadezas, á toda la oculta poesía de una hora de verano llovida en plena vida parisiense, hermosa hora que será su última y que quisiera prolongar hasta la noche. Por esto sin duda pasa de largo por frente al lujoso establecimiento en donde suele tomar su baño: tampoco se detiene en los Baños Chinos. Por aquí le conocen demasiado. París entero sabría el lance la misma noche. Por casinos y salones se armaría un escándalo de muy mal gusto; la murmuración se cebaría en él después de muerto; y el viejo refinado, el hombre del buen tono quería ahorrarse aquella vergüenza, sumirse, hundirse en la vaguedad innominada de un suicida, á la manera de los soldados que al día siguiente de las grandes batallas, ni vivos, ni heridos, ni muertos, se clasifican con el título de desaparecidos. Por esto ha cuidado de no llevar encima cosa alguna que pudiese darle á conocer, suministrar datos precisos á las indagaciones de la policía: por esto busca en el inmenso París la zona apartada y perdida donde empezará para él la terrible pero consoladora confusión de la fosa común. Ya desde que Monpavón está en marcha, ha varido radicalmente el aspecto del bulevar. La concurrencia se ha vuelto compacta, más activa y atareada, las casas más estrechas, surcadas de muestras de tienda. Pasadas las puertas de Saint-Denis y Saint-Martin por las cuales rebosa sin cesar el

hormigueante exceso de los arrabales, acentúase la fisiónomía provinciana de la capital. El anciano galán no conoce á nadie y puede jactarse á su vez de que nadie le conoce á él.

Los tenderos, que contemplan con curiosidad su charolada pechera, su fino levitón y su campanudo porte, le toman por algún cómico famoso que va á dar un paseo, antes de la función, por el viejo bulevar, testigo de sus primeros triunfos... El aire refresca, el crepúsculo esfuma los últimos términos, y mientras la larga vía sigue resplandeciendo en las curvas ya recorridas, va oscureciéndose á cada paso. Así lo pasado, cuando su irradiación se proyecta hasta el que vuelve los ojos atrás y se entristece... Parécele á Monpavón que entra en la noche. Está algo nervioso, pero no decae de ánimo, y sigue andando, erguida la cabeza y estirada la pechera.

El señor de Monpavón camina á la muerte. Penetra en el dédalo complicado de las ruidosas calles en que se mezcla el estrépito de los ómnibus con los mil oficios roncadores de la ciudad obrera, en que el calor de las chimeneas fabriles se confunde con la fiebre de todo un pueblo que lucha á brazo partido con el hambre. El aire trepida, las cloacas humean, las casas retiemblan al paso de los camiones, de los macizos carromatos que chocan al revolver de las angostas callejuelas. De pronto el marqués se detiene: ha hallado lo que buscaba. Entre la negra tienda de un carbonero y el almacén de un embaldador cuyas tapas de abeto adosadas á las paredes le producen una especie de repugnancia, ábrese una puerta cochera coronada de su letrero, con la palabra *Baños* en un farol amortecido. Entra, atraviesa un jardincito marchitado en cuyo centro llora un surtidor encima de un montón de rocalla. He aquí el siniestro rincón que deseaba. ¿Quién irá á figurarse que el marqués de Monpavón haya venido aquí á cortarse el pescuezo?... En el fondo hay la casa, baja, de postigos verdes, puerta vidriera, ese falso aire de quinta que tienen todas... Pide un baño, ropa, enfiló el estrecho corredor, y mientras se lo preparan todo, al estrépito del agua que mana detrás de él, se fuma un cigarrillo en la ventana, contemplando

el jardín de raquílicas lilas y el elevado muro que lo cierra.

Al lado hay un gran patio, el patio de un cuartelillo de bomberos con un gimnasio cuyos aparatos, mástiles y pórticos, vagamente vislumbrados en su parte superior, tienen la apariencia de horcas. Óyese en el patio una corneta que toca llamada. Aquella tocata vuelve al marqués á treinta años atrás, le recuerda sus campañas de Argel, los altos muros de Constantina, la llegada de Mora al regimiento, y duelos y calaveradas... ¡Ah! y qué bien que empezaba la vida. Qué lástima que los malditos naipes... Ps... ps... ps... En fin, algo es haber salvado el buen tono.

—Caballero, dice el mozo, el baño esta listo.

En aquel momento, jadeante y pálida, la señora de Jenkins penetraba en el taller de Andrés al cual le había llevado un instinto más fuerte que su voluntad, la necesidad de abrazar á su hijo antes de morir. Abierta la puerta,—tenía de ella una doble llave—se echó un peso de encima al ver que su hijo no había vuelto todavía, que tendría tiempo para calmar su emoción acrecida por una larga caminata á que no la tenían acostumbrada sus indolencias de mujer de posición. No había nadie. Pero sí, encima de la mesa, cierta notita que dejaba él cada vez que salía á fin de que su madre, cuyas visitas iban escaseando cada día más y cortándose á causa de la tiranía de Jenkins, pudiese saber dónde estaba, aguardarle ó irle á buscar. Aquellos dos seres no habían dejado de amarse tiernamente, profundamente, á pesar de las crueldades de la vida que les forzaban á introducir en su relaciones de madre á hijo las precauciones, el misterio clandestino de un amor de otro especie.

«Tengo que ir al ensayo, decía la nota, volveré á casa de la siete.»

Aquella atención de su hijo á quien no había ido á ver hacía tres semanas y quien así y todo persistía en aguardarla, hizo afluir á los ojos de la madre la oleada de llanto que la oprimía. Parecía como que acabase de entrar en un mundo nuevo. Tan claro, tan tranquilo, tan elevado era aquel reducido aposento que encadenaba á sus

cristales el postrer destello del día, que parecía, como todas las buhardillas, labrado en un trozo de cielo, con sus paredes desnudas, sin otro adorno que un gran retrato, el suyo, nada más que el suyo, que sonreía en el sitio de honor, y, cual si no bastase todavía, otro con marco dorado encima de la mesa. Sí, verdaderamente, aquella mezquina mansión, que cuando París entero estaba á oscuras conservaba tanta claridad, le producía una impresión sobrenatural á pesar de la pobreza de sus raquícos muebles. ¡Qué vida más noble y más digna hubiera podido llevar allí, al lado de su Andrés! Y en un minuto, con la rapidez de un sueño instalaba su cama en un ángulo, su piano en el otro, veíase dando lecciones, cuidando aquel hogar al cual traía su escote de comodidades y de jovialidad animosa. ¿Cómo no había comprendido que allí estaba su deber, allí el orgullo de su viudez? ¿Por qué ceguera, por qué indigna debilidad?...

Falta grave, no hay por qué negarlo, pero que podía encontrar atenuantes calificadas en su carácter abierto y cariñoso, en la habilidad y bellaquería de su cómplice que le hablaba continuamente de matrimonio, que le ocultó que no era libre, y que cuando se vió obligado á confesárselo, trazóle un cuadro tal de su vida sin sol, de su desesperación, de su amor, que la pobre criatura, comprometida ya tan seriamente á los ojos del mundo, había acabado por ceder, por aceptar aquella doble existencia, tan brillante y tan mísera, afianzada por entero en una mentira que llevaba diez años de fecha. Diez años de triunfos embriagadores y de ansias indecibles, diez años durante los cuales cada vez que cantaba lo hacía con la zozobra de una traición entre dos estrofas, durante los cuales la más insignificante palabra acerca de las uniones irregulares la punzaba como una indirecta. Más tarde, la seguridad del futuro abandono había amargado sus goces prestados, había marchitado su lujo; ¡y cuántas penas, cuántos sufrimientos padecidos en silencio, cuántas humillaciones, seguidas de la final, la más horrible de todas!

Mientras repasa así los dolores de su vida que contrastan con el fresco ambiente y la tranquilidad de la desier-

ta estancia, del piso inferior suben sonoras carcajadas, bullicio de juventud feliz; y trayendo á la memoria las confidencias de Andrés, su última carta en la cual le daba la gran noticia, esfuérase en distinguir entre aquellas voces límpidas y frescas la de su Elisa aquella novia de su hijo á la cual no conoce, á la cual no ha de conocer nunca. Aquella idea que acaba de desheredar á la pobre madre, agrava el desastre de sus últimos momentos, los acibara con tantos remordimientos y tantos pesares que á despecho de su resolución de mantenerse firme, llora, llora desesperadamente.

La noche avanza paso á paso. Anchurosas manchas de sombra salpican los cristales en declive á cuyo traves se descolora profunda bóveda del cielo, parece como que se pierda en la oscura inmensidad. Los campanarios se transmiten la hora pausadamente, mientras las golondrinas giran al rededor de un nido oculto. Aquella noche sopla con lamentos de oleaje, con estremecimiento de bruma, sopla de la parte del río cual si recordase á la infortunada mujer que es allí á donde ha de ir á parar... ¡Ahl ya de antemano se siente calada debajo de su manteleta de encaje... ¿Por qué ha venido aquí á tomar gusto otra vez á una vida imposible después de la confesión que se verá obligada á hacer?... Pasos rápidos hacen retremblar la escalera, ábrese la puerta precipitadamente; es Andrés. Canta, está contento, sobre todo lleva mucha prisa porque está invitado á comer en casa Joyeuse. Pronto, un poco de luz, que el galán quiere acicalarse. Pero mientras frota los fósforos, adivina que hay alguien en el taller, una sombra que se mueve entre las sombras inmóviles.

—¿Quién va?

Contéstale una especie de risa ahogada, que bien pudiera ser un sollozo. Figúrase que son las niñas del piso inferior, una broma de las vecinitas para divertirse. Acércase. Dos manos, dos brazos le sujetan, le estrechan.

—Soy yo...

Y en voz nerviosa, que hablaba aprisa para no temblar, la madre le cuenta que parte para un viaje bastante largo, y que antes de marchar...

—Un viaje... ¿y á dónde?

—¡Oh! No lo sé... Nos vamos lejos, muy lejos, á su tierra para algunos asuntos.

—¡Cómo! ¿vas á estar fuera el día del estreno?... ¡Faltan tres días nada más!... y en seguida la boda... Vamos, no es posible que te privés de asistir á mi boda.

La madre se excusa, inventa pretextos, pero sus manos que abrazan las de su hijo, su voz alterada dan á entender á Andrés que no dice la verdad. Quiere encender luz, pero ella se resiste.

—No, no, es inútil. Así se está mejor... Además tengo que preparar muchas cosas; no puedo aguardar.

Los dos están en pié, á punto de despedirse; pero Andrés no la dejará salir sin hacerle confesar lo que le pasa, qué dolor trágico surca aquel hermoso rostro cuyos ojos—¿será efecto del crepúsculo?—brillan con feroz destello.

—Nada... no ocurre nada..., te lo juro. Sólo la idea de que no he de participar de tus dichas, de tus triunfos... En fin, ya sabes que te amo, tú no dudas de tu madre, ¿verdad? No he pasado un día sin pensar en tí... Haz tú otro tanto, guárdame un rincón de tu corazón... Y ahora abrázame que el tiempo urge... Ya me echará de menos.

Un minuto más y no tendrfa fuerza para consumir el resto. Huye.

—Pues bien, no, no saldrás... Comprendo que ocurre algo extraordinario que me ocultas... Sufres una gran pena, no me lo niegues... Ese hombre habrá cometido contigo alguna vileza...

—No, no, suelta... suelta...

Pero él, por lo contrario, la retiene, la retiene fuertemente.

—Vamos, dime... dime lo que hay...

Luégo, muy quedo, al oído, en tierno acento, sostenido y sordo como un beso:

—Te ha abandonado, ¿no es verdad?

La infeliz se estremece, pugna por desasirse.

—No me preguntes nada... no quiero decírtelo... adiós.

Y él, oprimiéndola contra su corazón:

—Pobre madre, ¿qué me dirás que yo no sepa ya?...

¿No comprendiste acaso el porqué, hace seis meses, me fui...

—¿Lo sabes?

—Todo... Y hace mucho tiempo que preveo, es más, que anhelo lo que ocurre...

—¡Ah! ¡infeliz de mí!... ¿por qué habré venido?

—Porque este es tu puesto, porque me debes diez años de madre... Ya ves que tengo derecho á exigirte que te quedes contigo.

Y esto se lo dice de rodillas, frente al diván en que ella se ha dejado caer en un desbordamiento de lágrimas y los postreros gritos dolorosos de su orgullo ultrajado. Llora, llora largo rato, con su hijo á sus plantas. Y he aquí que los Joyeuse, inquietos al ver que Andrés no bajaba, suben á buscarle en cuerpo. Es una irrupción de caras inocentes, de alegrías serenas, rizos flotantes, trajes modestos, y sobre el grupo, irradiando luz, la gruesa lámpara aquella lámpara antigua de inmensa pantalla, que M. Joyeuse aguanta con toda solemnidad, cuan tieso, cuan alto puede, en ademán de canéfora. Detiéndose turbados al ver á aquella dama pálida y triste que contempla con emoción el risueño grupo, y especialmente á Elisa que se ha quedado detrás de todos y cuya actitud avergonzada de la indiscreción de la visita designa como la novia.

—Elisa, abrazad á nuestra madre y dadle las gracias. Se viene á vivir con sus hijos.

Y hela enlazada por todos aquellos brazos cariñosos, estrechada contra cuatro corazoncitos femeninos á los cuales falta tanto tiempo há el apoyo de una madre; hela introducida y por tan suave manera en el luminoso circuito de la lámpara familiar, algo ensanchado á fin de que quede un hueco para ella, y sus ojos se secan, su espíritu se fortifica, se ilumina al resplandor de aquella robusta llama que se remonta sin la más pequeña oscilación hasta en aquel mezuquino taller de artista, vecino á los tejados, donde un momento antes soplaban tan rudamente siniestros vendabales, ora acallados del todo.

Tan sagrada llama no la conoció nunca ese que se muere allá abajo, hundido en su sangriento baño. Egoís-

ta y duro, ha vivido hasta su última hora para el qué dirán, hinchando la desnuda cáscara de su plastrón con hinchazón de vanidad. Y aún lo que en él había de mejor era esa vanidad. Ella le ha mantenido en pié, tieso, durante tantos años; ella le aprieta los dientes ahogando el convulso estertor de su agonía. En el marchito jardín gotea tristemente el hilo de agua. La corneta de los bomberos toca retreta... «Á ver ese del siete, dice la dueña, que no acaba con su baño...» El mozo sube y lanza un grito de espanto, de estupor: «Señora, está muerto, pero cómo ha cambiado...» Acuden y, con efecto, nadie quiere reconocer al apuesto caballero que había entrado hacía poco, en esa especie de muñeca macabra, la cabeza colgando del borde de la pila, una tez en la cual el colorete se mezcla con la sangre que lo diluye, relajados sus miembros todos en la laxitud suprema del papel representado hasta el final, hasta matar al comediante — Dos navajazos al través del magnífico plastrón inflexible, y toda su ficticia majestad se ha deshinchado, se ha resuelto en este horror sin nombre, en este montón de cieno, de sangre, de carnes maceradas y cadavéricas en que yace irreconocible el hombre del buen tono, el marqués Luis María-Agenor de Monpavón.

